

## LIBRO SEXTO

### Aspectos diversos de Ursus.

#### I

##### LO QUE EL MISÁNTROPO DICE

Después que Ursus vió desaparecer á Gwynplaine por la puerta de la cárcel de Southwark, permaneció contrariado en el recodo donde se hallaba en observación, conservando mucho tiempo en el oído el chirrido de las cerraduras y de los cerrojos, que parecen ser los gritos de alegría de la prisión al recibir á un desdichado. Esperaba... ¿qué esperaba? Espió... ¿qué espía? Esas puertas inexorables, cuando se cierran, tardan en volver á abrirse, quedan como paralizadas y son difíciles sus movimientos, sobre todo para libertar á alguien, y Ursus lo sabía. Dejar de esperar no depende de nuestra voluntad; esperamos muchas veces sin querer; nuestras acciones conservan una fuerza adquirida, que persiste aun cuando ya no tiene objeto, y que nos obliga durante algún tiempo á continuar en el acecho inútil, en la postura inepta que adoptamos, según la ocasión, en la pérdida del tiempo que hace maquinal-

*El hombre que ríe. — 14*

mente el hombre que está aún en espera de una cosa desaparecida. No se sabe por qué quedamos fijos en aquel sitio, pero permanecemos en él; lo que principiamos con actividad, lo continuamos pasivamente. Ursus, que era tan diferente de los demás hombres, en esto fué como todos los demás. Observaba por turno las dos murallas negras, ya la baja, ya la alta, ya la puerta que tenía encima la escala de la horca, ya la puerta que mostraba la cabeza de muerto, vagando su vista desde la prisión al cementerio y viceversa. La calle era tan excusada y tan impopular, que nadie transitaba por ella, y por consiguiente nadie veía á Ursus.

Al fin salió de su observatorio y se fué á pasos lentos, cuando la tarde declinaba, tanto tiempo estuvo en acecho. De vez en cuando volvía la cabeza para volver á mirar al postigo por el que había entrado Gwynplaine; sus ojos estaban vidriosos y estúpidos. Llegó al fin de la callejuela, siguió otra calle, recordando vagamente el itinerario que pasó algunas horas antes, y poco á poco se aproximaba al Tarrinzean-field. El camino inmediato al campo de la feria consistía en senderos de-

siertos entre las clausuras de los jardines. De súbito se paró, exclamando:

—¡Tanto mejor!

Al mismo tiempo se dió dos puñetazos en la cabeza y otros dos en las piernas, lo que denotaba al hombre que juzga los hechos como deben juzgarse. Después se engolfó en el monólogo siguiente:

—¡Bien hecho está! ¡El bribón! ¡el ganapán! ¡el bandido!... ¡el sedicioso!... ¡Le encierran sus epigramas contra el Gobierno!... ¡Es un rebelde! Afortunadamente me libro de él, que nos comprometía! ¡Si va á presidio tanto mejor! Esa es la excelencia de las leyes. Ha sido ingrato conmigo, que le eduqué... ¿Qué necesidad tenía de ser maldiciente, ni de mezclarse en cuestiones de Estado? ¡Porque manejaba la moneda más ínfima, se desbarataba contra el impuesto, contra los pobres y contra el pueblo, contra lo que nada le importaba, comentando malignamente el cobre de la moneda del reino! Insultó los liards de su majestad, y un farthing es lo mismo que la Reina, es su efigie sagrada, ¡vive Dios! ¿Tenemos Reina ó no? Pues hay que respetarla y hay que acatar su Gobierno. Yo, que soy viejo, conozco que debe hacerse así. Me preguntarán si he renunciado á tener ideas políticas, pero yo responderé que en eso no debo ocuparme. Un día me pegó un bastonazo un baronnet y dije para mi capote: Con esto me basta; ya comprendo la política. El pueblo posee un solo liard, lo da; la Reina lo toma, y el pueblo debe agradecerlo. Nada es más sencillo; lo demás queda para los lores, los lores espirituales y temporales. Si Gwynplaine está encerrado, si le condenan á presidio, será muy justo, porque es por su culpa. Las bachillerías están prohibidas. ¿Acaso eres lord, imbécil? El wapentake le señaló, el justiciero quorum se lo llevó y el sheriff se ha apoderado de él: peor para él y mejor para mí; yo estoy contento. Confieso con ingenuidad que tengo suerte. Fué una extravagancia mía el recoger aquel niño y aquella niña. ¡Estábamos antes tan tranquilos Homo y yo!... ¿Esos pilletes qué iban á buscar en mi choza? Cuando eran polluelos, les cobijé, les arrastré en mi choza ambulante siendo él siniestramente feo y ella ciega; por ellos me privé de todo, les admití en el seno de mi intimidad, y ésta la termina la justic-

cia. Ya estoy libre de él. Cuando vi entrar en la Green-Box al wapentake me quedé como una bestia, creyendo que no veía lo que veía, que aquello era imposible, que era la pesadilla de un sueño, pero era la realidad material. Gwynplaine está en la cárcel y esto es un castigo de la Providencia. Gracias, señora. Ese monstruo, con el ruido que hacía, llamó la atención hacia mi establecimiento y denunció al pobre lobo. Libre de Gwynplaine, me desembarazo de los dos, porque Dea se morirá. Cuando ella no vea ya á Gwynplaine — porque esa ciega idiota lo ve—no tendrá ya razón de ser; se preguntará:—¿Qué es lo que hago ya en el mundo?—y se irá también. ¡Buen viaje! ¡Que se vayan los dos al infierno! Siempre los detesté. ¡Dea, revienta! ¡Ah, qué alegre estoy!...

## II

### LO QUE URSUS HACE

Llegó á la posada Tadcaster á las seis y media, cuando estaba ya muy avanzado el crepúsculo. Maese Nicless le aguardaba en el umbral de la puerta, con la faz descompuesta y asustada desde la escena de la madrugada; en cuanto vió llegar á Ursus le preguntó:

—¿Qué hay?

—¿De qué?

—¿Va á volver Gwynplaine? Ya es hora en la que el público no tardará en venir. ¿Saldrá á la escena esta noche el *Hombre que ríe*?

—El hombre que ríe soy yo—respondió Ursus, y miró al tabernero riéndose.

Después subió al primer piso, abrió la ventana inmediata adonde estaba puesta la muestra, se inclinó, alargó lo mano al cartel en que se anunciaba el *Hombre que ríe* y *El caos vencido*; descolgó el uno y arrancó el otro, y descendió con las dos tablillas bajo el brazo.

Nicless observó esta operación y le preguntó:

—¿Por qué lo descolgáis?

—Porque me retiro á la vida privada—respondió Ursus lanzando una carcajada.

Maese Nicless, al oír esto, mandó al muchacho Govicum que comunicase á los que acudiesen que aquella noche no había representación; quitó el puesto de la recaudación y lo retiró á un rincón de la sala baja.

Un instante después, Ursus subió á la Green-Box y entró en lo que él llamaba «el pabellón de las mujeres».

Dea dormía vestida, pero con el traje flojo, como cuando se duerme la siesta. Próximas á ella Vinos y Fibi estaban sentadas, una en un escabel y otra en el suelo, ambas pensativas.

A pesar de lo avanzado de la hora no estaban vestidas de diosas, lo que era indicio de profundo desaliento.

Ursus contempló á Dea, murmurando entre dientes:

—Se prepara para un sueño más largo.

—Después apostrofó á Fibi y á Vinos de este modo:

—Es preciso que sepáis vosotras que la música ha concluido, y que podéis alzar las trompetas en los cajones. Habéis hecho bien en no disfrazaros de diosas; aunque así estáis muy feas, habéis hecho bien. Esta noche no hay representación, ni mañana, ni pasado mañana, ni el otro, porque nos hemos quedado sin Gwynplaine.

Dirigiendo su mirada á Dea, exclamó:

—¡Qué golpe va á recibir!... Como una vela cuando se la sopla, hará: ¡Fun!... y después se apagará. Encontrarse sin Gwynplaine será para ella dolorosísimo, como para mí el perder á Homo; no, esto será peor, porque esto los ciegos deben sentirlo más.

Luego se asomó á la ventana.

—Ya alargan los días; aun hay luz á las siete de la tarde; no obstante, encendamos.

—Picó con el eslabón la piedra, hizo fuego y encendió la linterna que pendía del techo de la Green-Box; después se apeó del coche-teatro, gesticulando y entregándose de lleno á sus eternos soliloquios.

—Ya estoy en plena posesión de mis facultades; estoy lúcido, archilúcido; encuentro correcto este acontecimiento y apruebo lo ocurrido. Cuando Dea despierte, la rela-

taré con claridad este incidente y la catástrofe no tardará en llegar. No volviendo á ver á Gwynplaine, buenas noches, Dea. Esto se arregla perfectamente: Gwynplaine en la cárcel y Dea en el cementerio: van á estar uno frente del otro y pueden bailar la danza Macabra. Dos destinos que entran entre bastidores. Guardemos los trajes, cerremos la maleta, esto es, el ataúd. Eran imperfectas estas dos criaturas: Dea sin vista y Gwynplaine sin rostro humano. Allí arriba Dios dará claridad á los ojos de la ciega y belleza á la fealdad del monstruo. La muerte restablece el orden. Fibi y Vinos, colgad en clavos vuestros tamboriles; va á enmohecerse vuestra habilidad para atraer al público y no tocaréis las trompetas, ni representaremos ya *El caos vencido*; está vencido de veras; la farsa se ha trocado en realidad. *El hombre que ríe* ha desaparecido y Dea duerme eternamente. Hace bien. En lugar suyo, yo no despertaría nunca. ¡He aquí adónde conduce el ocuparse de política!... Los gobiernos tienen razón, y entregan á Gwynplaine al sheriff y á Dea al terrorador. Este es el paralelo de simetría instructiva. Creo que el tabernero habrá cerrado bien la puerta para que esta noche muramos solos, en familia; Homo y yo no, pero Dea sí. Yo pienso continuar haciendo rodar por donde me plazca mi coche-teatro, porque pertenezco á los Meandros de la vida vagabunda. Despediré á las dos mujeres; no conservaré á ninguna de las dos. Tengo tendencias á ser un viejo disoluto, y una criada no se halla bien en casa de un libertino; no quiero que me asalte ninguna tentación. Esto no es propio de mi edad. *Turpe senilis amor*. Proseguiré mi camino con Homo, nada más: éste va á asombrarse cuando se encuentre sin Gwynplaine y sin Dea. Dirá: El pícaro Gwynplaine nos ha abandonado y después también nos abandona Dea, porque eso es lo que sucederá, que yo no daré ni un papirotazo en la nariz del diablo para impedir que reviente... ¡Ah, se despierta!...

Dea abrió los párpados, pues muchos ciegos cierran los ojos para dormir; su tierno semblante sonreía.

—¡Ella sonríe—murmuró para sí Ursus, —y yo río! ¡Esto va bien!

Dea llamó:

—¡Fibi! ¡Vinos!... Debe ser la hora de

la representación; creo haber dormido mucho rato. Venid á vestirme.

Ni Fibi ni Vinos se movieron. La mirada inefable de la ciega acababa de encontrarse con las pupilas de Ursus, y éste se estremeció.

—¿Qué hacéis ahí, sin acudir al llamamiento de vuestra señora? ¡Estáis sordas! ¡Vamos! ¡Que va á comenzar la representación!

Las dos mujeres miraron á Ursus con asombro.

—¿No veis que entra el público? Fibi, viste á Dea. Vinos, toca el tambor—siguió vociferando Ursus.

Fibi era la personificación de la ctediencia y Vinos la de la pasividad; entre las dos completaban la sumisión. Su señor Ursus fué siempre para ellas un enigma: no comprenderle nunca, era motivo para obedecerle siempre; creyeron sencillamente que se había vuelto loco, y ejecutaron sus órdenes. Fibi descolgó el traje de Dea y Vinos el tambor.

Fibi principió á vestir á Dea. Ursus hizo bajar el portier del gineceo, y detrás de la cortina siguió hablando:

—Mira, Gwynplaine, ya llena el público más de la mitad del patio... tendremos también un lleno. ¿Dices que no lo creen Fibi ni Vinos? Esas mujeres son tontas. No levantes el portier, sé púdico, que Dea está vistiéndose.

Hizo una pausa, y de improviso prorumpió en esta exclamación:

—¡Qué hermosa es Dea!

Así exclamó Gwynplaine. Fibi y Vinos sintieron como sacudidas, y volvieron la cabeza, al percibir la voz de Gwynplaine, pero que salía de la boca de Ursus: éste les hizo una seña por el entreabierto portier, prohibiéndoles que se asombrasen, y dijo con la voz del saltimbanqui:

—¡Ángel mío!

Luego replicó con su propia voz:

—¡Dea un ángel! Eres un loco, Gwynplaine; sólo hay un mamífero que vuele, y es el murciélago. Anda, Gwynplaine, y desata á Homo; esto será lo más razonable.

Descendió por la estribera de la Green-Box con la misma ligereza que lo hacía el saltimbanqui, de modo que lo oyese Dea.

Enteró al chico que estaba en el patio atento y curioso, diciéndole:

—Trae las dos manos—y puso en ellas un puñado de liards. Govicum quedó maravillado de esta esplendidez. Ursus le dijo en voz baja y al oído:

—Muchacho, instálate en el corral; baila, salta, grita, rieta á carcajadas, haz mucho ruido, rompe lo que te plazca; en fin, mueve mucha algazara.

Maese Nicless, contrariado y despechado de ver que el público que acudía á presenciar las representaciones de *El caos vencido* desandaba el camino y se marchaba á los otros barracones del campo de la feria, había cerrado la puerta de la posada; hasta había renunciado á que entrase alguien en la taberna á beber esa noche, con la idea de evitar enojosas preguntas, y con el disgusto de faltar la representación, contemplaba el patio, desde lo alto del balcón, con la vela en la mano. Ursus, con la precaución de que su voz no la percibiese Dea, con las dos palmas de sus manos, puestas á un lado y á otro de la boca, le dijo:

—Gentleman, haced como vuestro criado; alborotad, reíd, gritad y romped.

Después que habló así Ursus, volvió á ascender á la Green-Box y le dijo al lobo:

—Habla todo lo que puedas.—Luego, en voz alta gritó:—Hay muchísima gente. Vamos á tener esta noche una de las mejores representaciones.

Vinos seguía golpeando el tambor.

Ursus continuó en voz alta:

—Dea está vestida y ya podemos empezar. Siento que hayan dejado entrar tanto público; ¡la gente está amontonada!... Gwynplaine, creo que vamos á recaudar mucho dinero. Vamos, perezosa, venga la música. Fibi, toca la trompeta, y tú, Vinos, el tambor. No estáis bastante desnudas; quitaos esas chaquetillas y poneos gasas. Al público le agrada ver las formas de la mujer: no os importe que truenen contra esto los moralistas. Sed voluptuosas. ¡Gwynplaine, mira qué lleno está el patio!... ¡Ayúdame! Bajemos el pannean.

Diciendo esto lo bajó.

—Es inútil separar el telón hasta que comience la representación, porque ya no estaríamos en nuestra casa. Venid. Las dos gitanas obedecieron é instaláron-

se con los instrumentos en los sitios de á la benevolencia. ¡Con tal de que no costumbre. rompan los asientos!... Vamos á ser víctimas del populacho insensato... ¡Si se hallase aquí nuestro amigo Tom-Jim-Jack! Pero ya no viene... Abreviaremos el espectáculo. Como únicamente hemos anunciado *El caos vencido*, no representaremos esta noche *Ursus Rursus*, y este trabajo menos. ¡Qué laberinto mueve la multitud!... ¡No van á dejar oír ni una sola palabra de la pieza! Voy á perorarles. Gwynplaine, levanta el telón. ¡Ciudadanos!...

Entonces Ursus fué verdaderamente extraordinario; ya no era un hombre, era una muchedumbre. Queriendo con el vacío imitar el lleno, llamó en su auxilio la ventriloquía prodigiosa. La orquesta de voces humanas y bestiales que sabía imitar, se agitó en él al mismo tiempo, formando una legión. El que lo oyese, cerrando los ojos, se hubiese creído que estaba en una plaza pública en un día de fiesta ó en un día de revolución. En el patio, completamente vacío, se oían voces de hombres, de mujeres y de niños, y la confusión de la gritería; á través de ese murmullo serpenteaban cacofonías extrañas, como gritos de aves, maullidos de gatos y vagidos de niños de teta; oíanse las voces roncas de los embriagados y los gruñidos de los perros que la muchedumbre pisa. Las voces salían de lejos y de cerca, de arriba, de abajo, del primer plano y del último; el conjunto era un rumor y el detalle un grito. Ursus daba puñetazos, pateaba, lanzaba su voz desde el fondo del patio y la hacía salir debajo de tierra. Pasaba del ruido al tumulto y del tumulto al huracán. No hay nada tan maravilloso como el facsimile de la multitud; de vez en cuando separaba el portier del gineceo y miraba á Dea:

El chico hacía en el patio lo mismo que Ursus.

Vinos y Fibi soplaban á conciencia las trompetas y tocaban los tamboriles. Maese Nicless, espectador único, como ellas, se decía simplemente que Ursus estaba loco, lo que sólo era un detalle de su melancolía. El bravo hostelero murmuraba:—¡Esto es un desorden!... — Y tenía fruncido el semblante, como acordándose de que existen leyes.

Govicum, satisfecho de que le utilizasen para contribuir á este desorden, entusiasmábase tanto como Ursus.

En medio de su estrépito, Ursus seguía por intervalos sus monólogos:

—Como siempre, Gwynplaine inventan cábalas contra nosotros; nuestros rivales intentan minar nuestros éxitos; pero los silbidos sazonan los triunfos. Además, hay demasiada gente y están con gran incomodidad, lo que no predispone

á la benevolencia. ¡Con tal de que no rompan los asientos!... Vamos á ser víctimas del populacho insensato... ¡Si se hallase aquí nuestro amigo Tom-Jim-Jack! Pero ya no viene... Abreviaremos el espectáculo. Como únicamente hemos anunciado *El caos vencido*, no representaremos esta noche *Ursus Rursus*, y este trabajo menos. ¡Qué laberinto mueve la multitud!... ¡No van á dejar oír ni una sola palabra de la pieza! Voy á perorarles. Gwynplaine, levanta el telón. ¡Ciudadanos!...

Al llegar aquí, Ursus se gritó á sí mismo con acento febril y terco:

—¡Abajo el viejo!...

Recobrando su voz, prosiguió:

—Creo que el pueblo me insulta. Cicerón tiene razón: *Plebs, fex urbis*; ¡pero no importa! Será difícil que puedan entenderme; no obstante, probaré. Las mujeres son peores que los hombres; este momento no es propicio para decir esto, pero es lo mismo; nunca es tarde para ser discretos. Oye, Gwynplaine, mi insinuante exordio. Ciudadanos y ciudadanas, yo soy un oso y voy á hablaros. Humildemente suplico silencio.

—Grumphill — exclamó el público por boca de Ursus; éste continuó:

—Respeto al auditorio, porque yo ya sé que Grumphill es un epifonema como cualquiera otro. Salud, pueblo bullidor; no dudo que eres un canalla, pero no por eso dejo de estimarte: te estimo por reflexión. Soy un sabio, pero me excuso de serlo como puedo, porque yo desprecio científicamente la ciencia. La ignorancia es una realidad que nos sustenta, y la ciencia es una realidad que nos hace ayunar. Por regla general nos vemos obligados á escoger entre ser sabios y enflaquecer, ó á ser asnos y engordar. Ciudadanos, engordad, que la ciencia no vale lo que un bocado exquisito. Yo sólo poseo un mérito verdadero, y consiste en tener siempre secos los ojos; aquí donde me veis, no he llorado jamás; pero es preciso añadir que tampoco estuve contento nunca, ni aun de mí mismo: sé despreciarme. Pero si Ursus no es más que un sabio, Gwynplaine es un artista.

—¡Grumphill! — volvió el sabio á hacer gritar al público.

—¡Otra vez Grumphill! si es una obje-

ción, que lo sea; yo sigo adelante. Después de Gwynplaine, y cerca de él, tenemos otro artista, y es el personaje distinguido y velludo que nos acompaña, el señor Homo, antiguo perro salvaje y hoy lobo civilizado y fiel vasallo de su majestad. Homo tiene talento superior. Estad atentos y os convenceréis. Vais á ver representar á Homo y Gwynplaine, que honran al arte, lo que es propio de las grandes naciones. Dos artistas valen tanto como un cónsul.—Me acaban de tirar un troncho de col.—Bien está. Eso no evitará que continúe hablando: al contrario. Los charlatanes esquivan el peligro: *Garrula pericula*, como dice Juvenal. Permittedme que os lo diga: no tenéis la majestad del verdadero gentilhomme inglés. Os manifesté que los que entre vosotros tienen los zapatos rotos y sacan fuera de ellos los pulgares, se aprovechan de esta circunstancia para descansar los pies en las espaldas de los espectadores colocados delante de ellos, lo que expone á las damas á fijarse en que las suelas siempre se revientan donde está la cabeza del hueso metatarso; mostrad menos los pies y más las manos. Desde aquí distingo á fulleros que hunden con ingenio sus garras en los bolsillos de sus vecinos imbeciles. Boxead al prójimo, pero no le desvalijéis; incomodaréis menos á las gentes estropeándolas un ojo que quitándolas un liard. Los hijos del pueblo aprecian más el dinero que la belleza. Por eso no dejáis de inspirarme simpatía: no soy tan pedante que vaya á vituperar á los rateros. El mal existe, y todos lo proporcionamos y lo sufrimos. Nadie se halla libre del gusano de sus pecados; yo mismo he cometido muchas faltas. ¡*Plaudite, cives!*

Ursus cesó de emplear la entonación oratoria por el acento íntimo, y dijo:  
—Deja caer el telón, que necesito respirar; pero esto será sólo un instante, porque el público espera y se impacientará si tardamos en empezar la representación de la pieza.

Después de una breve pausa se oyeron resbalar por la varilla los anillos del telón y dejaron de sonar el tamboril y las trompetas. A poco empezó la representación del *Caos vencido*, como otras noches, y sin los efectos de luz. El lobo desempeñaba su papel de buena fe. En el momento preciso apareció Dea, y con su voz temblorosa y divina evocó á Gwynplaine. Extendió el brazo, buscando la cabeza de su amado...

Ursus se puso una peluca, la erizó y

avanzó con lentitud hasta Dea, conteniendo el aliento, y con todo el arte de que era capaz, copió la voz de Gwynplaine y cantó con inefable amor la respuesta del monstruo á la evocación del espíritu: le imitó tan perfectamente, que las dos gitanas buscaban con la vista á Gwynplaine, asombradas de oírle sin divisarle.

Govicum, maravillado, pateó, aplaudió, silbó y produjo estrépito olímpico, riendo él solo de tal modo, que parecía que se reían una multitud de dioses.

Fibi y Vinos, autómatas que se movían cuando Ursus les tocaba el resorte, acompañaron con sus instrumentos, marcando el final de la función, y el principio de la salida del público.

Ursus sudaba y dijo á Homo en voz baja:

—Ya comprendes que esto sólo ha sido para ganar tiempo; creo que lo hemos logrado. Saqué todo el partido posible. Gwynplaine puede volver de aquí á mañana. Era inútil matar en seguida á Dea. A ti solo te explico este misterio.

Se quitó la peluca y se enjugó la frente.  
—Soy un ventrílocuo de genio. Tengo gran talento. Puedo rivalizar con Brabant, el ventrílocuo del Rey de Francia Francisco I. Dea ha quedado convencida de que Gwynplaine está aquí.

—Ursus—interrogó en este momento Dea,—¿dónde está Gwynplaine?

Ursus volvió la cabeza sobresaltado. Dea permanecía en el fondo del teatro, de pie bajo la linterna que pendía del techo. Estaba muy pálida. Con inefable sonrisa de desesperación repuso:

—Ya sé que nos ha abandonado. Partió. Bien conocía yo que tenía alas.

Elevando los ojos hacia el infinito, añadió:

—¿Cuándo iré yo?

la puerta casi en las narices del curioso Govicum, que les espiaba. Quedaron, pues, solos y encerrados en la taberna, entablado en voz baja un diálogo parecido á un cuchicheo.

—Maese Ursus...

—¿Maese Nicless?

—Acabé por comprenderlo todo.

—¡Ah!...

—Habéis querido hacer creer á la pobre ciega que *El caos vencido* se ha representado como todas las noches y por los mismos actores.

—No hay ley que me prohíba ser ventrílocuo.

—Tenéis mucho talento.

—No...

—Lo que hacéis es prodigioso.

—Os digo que no.

—Tengo que hablaros ahora.

—¿De política?

—No lo sé.

—Pues si es de política, os advierto que no os escucharé.

—Mientras vos imitabais la representación de una farsa y al público, llamaron á la puerta de la taberna.

—¿Llamaron?

—Sí.

—Eso me disgusta.

—Y á mí.

—¿Y qué más?

—Llamaron y abrí.

—¿Quién era el que llamaba?

—Un individuo que me habló.

—¿Y qué os dijo?

—Nada de particular.

—¿Qué le contestasteis?

—Nada... Volví á veros representar.

—Pero...

—Después llamaron otra vez.

—¿Quién? ¿el mismo sujeto?

—No... era otro.

—¿Os habló también?

—Ese no.

—Pues eso es preferible.

—Para mí no.

—Explicaos, maese Nicless.

—Adivinad quién me habló la vez primera.

—No tengo tiempo para ser otro Edipo.

—Era el dueño del circo.

—¿Del circo que se halla á nuestro lado?

—Sí, de ése.

## III

## COMPLICACIONES

Ursus quedó asombradísimo; no causó la ilusión que creía haber producido. No era culpa de la ventriloquia, porque logró, por medio de ella, engañar á Fibi y Vinos, que tenían vista, pero no á Dea, que era ciega; pero era porque Vinos y Fibi veían con los ojos y Dea veía con el corazón.

Ursus quedó tan asombrado, que no pudo pronunciar una sola palabra. En las emociones complejas, la humillación es el primer sentimiento que se despierta. Ursus exclamó:

—He derrochado mis onomatopeyas. Agoté inútilmente la armonía imitativa. ¿Qué va á ser ahora de nosotros?

Miró á Dea que callaba y que cada momento palidecía más y estaba inmóvil, con los ojos fijos en el suelo.

Un incidente vino á sacarle de su situación embarazosa.

Desde el corral, maese Nicless, con la vela en la mano, le hacía señas para que bajase. El posadero no vió el final de la comedia fantástica que representó Ursus, porque oyó llamar á la puerta de la posada y fué á abrir. Llamaron dos veces á dicha puerta y tuvo maese Nicless que eclipsarse dos veces, pero de ello no se percató Ursus, ocupado en desempeñar muchos papeles á un tiempo.

Cuando éste advirtió que el hostelero le llamaba, descendió hasta él, que le esperaba en el corral. Ursus se puso un dedo en la boca, como indicando silencio; maese Nicless le imitó, y haciendo el mismo ademán, se miraron los dos. Cada uno parecía querer indicar al otro: Hablemos, pero guardando silencio.

El tabernero abrió la puerta de la sala baja de la posada y entró en ella; Ursus le siguió; inmediatamente el tabernero cerró

—¿Donde suena una música rabiosa?  
—Sí, sí.  
—¿Y qué os dijo?  
—Pues maese Ursus, ha venido á hacerme proposiciones.  
—¿Proposiciones?  
—Sí, proposiciones.  
—¿Por qué?  
—Porque quiso.  
—Tenéis sobre mí la ventaja, maese Nicless, de que inmediatamente descifraís mi enigma, mientras que yo, hasta ahora, no puedo descifrar el vuestro.

—El dueño del circo me encargó que os dijese que vió pasar esta mañana una ronda de policía, y que queriendo probaros que es amigo vuestro, os propone compraros por cincuenta libras esterlinas, pagadas al contado, la Green-Box, con los dos caballos, las trompetas y las mujeres que las tocan, *El caos vencido* y la ciega que trabaja en él, al lobo, y también á vos.

Ursus contestó, sonriendo altivamente:

—Dueño de la posada Tadcaster, diréis de mi parte al dueño del circo que Gwynplaine va á volver.

El tabernero tomó de encima de una silla varios objetos que la obscuridad ocultaba, y volviéndose hacia Ursus con los brazos en alto, le mostró pendiente de una mano una capa, y de la otra una esclavina de cuero, un sombrero de fieltro y un capisayo.

Maese Nicless le dijo:

—El individuo que llamó á la puerta de la taberna la segunda vez, y que pertenecía á la policía, que entró y salió sin decir una palabra, trajo todo esto.

Ursus reconoció en el acto la esclavina, capisayo, el sombrero y la capa de Gwynplaine.

## IV

## MÆNIBUS SURDIS CAMPANA MUTA

Ursus tocó el fieltro del sombrero, el paño de la capa, la sarga del capisayo, el cuello de la esclavina, asegurándose de quién eran estos despojos, y haciendo una señal breve é imperativa, sin pronunciar palabra, indicó á maese Nicless

la puerta de la taberna.

Maese Nicless la abrió. Ursus se precipitó fuera de ella.

El posadero le siguió con la vista y vió que corría cuanto le permitían sus piernas en la misma dirección que siguió por la mañana el wapentake cuando se llevó á Gwynplaine. Un cuarto de hora después, Ursus, sin aliento, llegaba á la callejuela de la puerta trasera de la cárcel de Southwark y al punto en que pasó tantas horas espiondo.

No era necesario que fuera media noche para que esta callejuela estuviese desierta: era triste de día, pero peligrosa de noche, y nadie se atrevía á transitar por allí á ciertas horas. Por instinto, el pueblo de Southwark evitaba el pasar por esta callejuela, que tenía frente á frente la prisión y el cementerio. En tiempos anteriores la cerraban por la noche con una cadena de hierro, precaución inútil, porque la mejor cadena para impedir el paso por esta calle era el miedo que inspiraba.

Ursus entró en ella resueltamente; ¿con qué idea? Tal vez él mismo no la sabía. Iba allí para informarse, pero, ¿había de llamar á la puerta de la cárcel? Seguramente que no. Este espantoso expediente no germinaba en su cerebro. Introducirse allí para hacer averiguaciones sería una locura. Las prisiones no se abren para el que desea entrar ni para el que quiere salir; sus goznes sólo los hace girar la ley; esto lo sabía Ursus. ¿Qué iba á hacer, pues, en la callejuela? Ver. ¿Pero ver qué? Nada... él mismo no lo sabía... lo posible. Algo era ya estar enfrente del postigo dentro del que desapareció Gwynplaine.

A veces las paredes más espesas hablan y salta alguna luz de las piedras; vago sudor de claridad traspasa algunas veces de un amontonamiento cerrado y sombrío. Examinar la envoltura de un hecho puede ser útil al espionaje, porque tenemos el instinto de dejar entre el hecho que nos interesa y nosotros mismos el menor espesor posible.

En el instante en que Ursus se internaba en la callejuela, oyó dar una campanada, y á poco rato otra.

—¿Anunciarán, indudablemente, que es la media noche?

Maquinalmente se puso á contar: —Tres, cuatro, cinco... ¡Esa campana da los toques con mucha lentitud y muy separados!... Seis, siete. ¡Qué sonido tan lúgubre!... Ocho, nueve... ¡Entristece al reloj hallarse encerrado en la prisión!... ¡Diez! ¡Como el cementerio está ahí!... Esa campana anuncia la hora á los vivos y la eternidad á los muertos. Once, doce. Sí; lo que dije.

Ursus calló, pero la campana volvió á sonar. Ursus se estremeció.

—¡¡¡Trece!!!

Las campanadas siguieron con largos intervalos; Ursus, exclamó:

—¿Eso qué significará? porque lo que oigo no es la campana de un reloj, es la campana Muta, que no toca, sino que tañe, y debe pasar algo siniestro.

Las prisiones antiguas, como los monasterios, tenían una campana llamada *Muta*, que reservaban para los motivos tristes; era la *Muta* (Muda) una campana que tañía muy bajo, como si evitase en lo posible ser oída.

Ursus se colocó en la esquina del acedcho, desde la que observó la prisión durante gran parte del día. Los tañidos se sucedían á lúgubre distancia unos de otros; Ursus los contaba confusamente y sin saber por qué, mirando, no obstante, la obscuridad, hacia la parte donde sabía que estaba la puerta de la prisión.

De súbito, en esa parte, que formaba una especie de agujero negro, apareció algo rojizo que se convirtió en resplandor, pero no vago, sino fijo, y que inmediatamente adquirió forma y ángulos. La puerta de la cárcel giró sobre sus goznes y ese resplandor dibujó el arco de la bóveda con sus adornos. La puerta del postigo dió paso á un hombre que empuñaba en la mano una antorcha.

Continuaba el toque de la campana, y Ursus, á la vez que aplicaba el oído á ésta, aplicaba los ojos á la antorcha.

Después que salió por el postigo el hombre susodicho, la puerta se abrió de par en par, y por ella salieron dos hombres, y luego otro; este otro, el cuarto, era el wapentake, que llevaba en la mano el bastón de hierro, como pudo ver Ursus á la luz de la antorcha.

En pos del wapentake desfilaron, orde-

nadamente de dos en dos, saliendo de la misma parte y con la rigidez de postes ambulantes, varios hombres silenciosos. El cortejo nocturno franqueaba la puerta apareado como una procesión de penitentes, sin solución de continuidad, gravemente y procurando no hacer ruido. Las serpientes, al salir de sus agujeros, toman esta precaución. La antorcha hacía resaltar sus perfiles y sus actitudes, perfiles feroces y actitudes sombrías.

Ursus reconoció los rostros de los agentes de policía que aquella mañana se llevaron á Gwynplaine; indudablemente eran los mismos que reaparecían ante sus ojos. Metieron en la cárcel á Gwynplaine; pues era evidente para él que le sacaban ahora: las pupilas de Ursus estaban clavadas en aquellos hombres.

La doble fila de agentes de policía fluía con lentitud de la bóveda baja como gota á gota. Los toques intermitentes de la campana parecían marcarles el paso. El cortejo, á medida que salía de la prisión, daba la espalda á Ursus, y volvía hacia la derecha por la parte de la callejuela opuesta á la en que él se hallaba.

La segunda antorcha brilló en la puerta de la cárcel, pareciendo anunciar el final del cortejo; Ursus iba á ver pronto al que acompañaban, al hombre, al prisionero, á Gwynplaine.

Por fin, lo que acompañaban apareció; era un ataúd. Cuatro hombres lo conducían tapado con un paño negro. Detrás de ellos iba otro hombre con una pala al hombro, y cerraba el cortejo un personaje que leía un libro.

El ataúd siguió á continuación de los agentes de policía, que daban la vuelta hacia la derecha. Ursus percibió el chirrido de una llave que abre. Frente á la prisión, en la pared baja que se prolongaba por la otra parte de la callejuela, la abertura de otra puerta se iluminó con la luz de una antorcha, que penetró por ella; esta abertura, sobre la que estaba fija una cabeza de muerto, era la puerta del cementerio.

El wapentake entró, luego los primeros acompañantes, la segunda antorcha, y finalmente, el cortejo entero de agentes de policía, el ataúd, el hombre de la pa-

la, el capellán con el libro y con la antorcha, cerrándose en seguida la puerta. Únicamente se veía ya un débil resplandor por encima de la pared.

Se oyó un cuchicheo y después golpes sordos; sin duda los producían el capellán y el enterrador, que echaban sobre el féretro, aquél los versículos del rezo y éste paladas de tierra. El cuchicheo cesó y los golpes sordos también.

Oyóse el murmullo de ponerse todos en marcha; brillaron las antorchas; apareció en la puerta el wapentake, llevando en alto el libro, el enterrador con la pala, y todo el cortejo, sin el ataúd; la doble fila de hombres volvió á pasar por el mismo camino entre la puerta del cementerio y la puerta de la prisión, con la misma taciturnidad y en sentido inverso; la puerta del cementerio se cerró, la de la cárcel se volvió á abrir, la bóveda sepulcral se iluminó dentro del postigo, la obscuridad del corredor apareció vagamente visible; la vista pudo contemplar la noche de la prisión, y aquel cortejo silencioso se hundió poco á poco en las profundidades de la obscuridad.

Dejó de tocar la campana, y reinó solemne, absoluto silencio. No quedó nada más que la aparición desvanecida.

Coincidencias ligadas lógicamente, consiguen muchas veces hacer creer al raciocinio en la evidencia. Al ver Ursus que Gwynplaine fué encerrado en la cárcel, al pensar en el procedimiento silencioso de su arresto, en sus vestidos devueltos por un agente de policía, al oír el toque fúnebre de la campana de la prisión, donde él se hallaba encerrado, y al ver pasar el ataúd y enterrarlo en el cementerio, exclamó convencido y desesperado:

—¡Gwynplaine ha muerto!

Ursus cayó al suelo casi exánime.

—¡Me lo han asesinado! ¡Pobre, pobre hijo mío!—exclamó, prorrumpiendo en sollozos.

## V

## LA RAZÓN DE ESTADO ALCANZA AL PEQUEÑO Y AL GRANDE

Ursus se jactaba de no haber llorado nunca, y por eso el receptáculo de su llanto estaba lleno, y tal plenitud, acumulada gota á gota, dolor á dolor, durante una larga existencia, no se vacía en un momento. Ursus sollozó mucho tiempo.

La primera lágrima es semejante á la abertura producida por un pinchazo en el vientre de un hidrópico, y le hizo llorar por Gwynplaine, por Dea y por Homo y hasta por él mismo. Lloró como un niño, como un viejo; lloró por todo lo que se veía. Saldó su deuda atrasada, porque el derecho del hombre á las lágrimas no se puede prescribir.

El muerto que acababan de enterrar, como habrá supuesto el lector, era Hardquanonne, pero Ursus no podía saber esto.

Algunas horas después empezó á rayar el día sobre la *bowling-green*. El alba blanqueó la fachada de la posada de Tadcaster. Maese Nicless no se había acostado aquella noche, pues muchas veces el mismo hecho produce varios insomnios; las catástrofes se extienden en diversos sentidos: arrojad una piedra en el agua y ésta arrojará diferentes salpicaduras.

Maese Nicless se creía en peligro por la aventura desagradable que aconteció en su posada, y meditaba temeroso y entreviendo complicaciones. Sentía haber admitido en su casa «semejantes gentes.» ¡Si él hubiera sabido!... Pensaba que concluirían por traerle alguna desgracia. ¿Y cómo despedirlos ahora? Hizo escritura de alquiler á Ursus... ¡Si pudiese desbarazarse de él!... ¿cómo echarle de allí?

De improviso llamaron con estruendo á la puerta de la posada, modo de llamar que en Inglaterra anuncia á un personaje. La escala del toque corresponde á la escala de

la jerarquía. No era la manera de llamar ahora la de un lord, pero era la de un magistrado. Temblando, el tabernero entreabrió la ventana; era un magistrado, en efecto.

Maese Nicless vió junto á la puerta, á la luz del naciente día, un grupo de policías, á cuya cabeza destacábanse dos hombres, uno de los que era el justicier-quorum; como el posadero vió á éste por la mañana del día anterior, le reconoció, pero no al otro hombre, que era un gentleman grueso, con cara de color de cera, peluca mundana y capa de viaje.

A maese Nicless le daba miedo el justicier-quorum; pero si el tabernero hubiese sido cortesano, hubiese temido más al personaje que desconocía, porque era Barkilphedro.

Uno de los hombres del grupo llamó por segunda vez con violencia á la puerta de la posada. El hostelero, sudando, abrió.

El justicier-quorum, con la entonación del que tiene un cargo en la policía, y acostumbrado á conocer á los vagabundos, levantó la voz é interrogó con severidad:

—¿Maese Ursus?

El posadero, quitándose la gorra, contestó:

—Señor, aquí está.

—Ya lo sé—replicó el justicier-quorum.

—No lo dudo, señor.

—Que venga.

—No se halla en este momento en la posada.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Cómo es eso?

—No ha vuelto aún, señor.

—¿Entonces, pues, saldría muy temprano?

—Al contrario, salió bastante tarde.

—¡Estos vagabundos!...

—Ahí viene, señor—dijo suavemente maese Nicless.

Ursus, efectivamente, se dirigía á la posada. Pasó casi toda la noche entre la cárcel, en la que al mediodía vió penetrar á Gwynplaine, y entre el cementerio, en el que á media noche había oído llenar una fosa. En su rostro se pintaban dos palideces: la de su tristeza y la del crepúsculo matutino.

Con la extraordinaria distracción que la

angustia ocasiona, se fué de la posada con la cabeza descubierta, y ni siquiera advirtió que no llevaba sombrero. El viento agitaba sus escasos cabellos grises. Sus ojos, muy abiertos, parecía que no mirasen. Con frecuencia, despiertos estamos adormecidos y adormecidos estamos despiertos. Ursus tenía el aspecto de un loco.

—Maese Ursus—le gritó el tabernero,— estos señores quieren hablaros.

Ursus tuvo el sobresalto del hombre que se ve arrojado bajo la cama cuando dormía profundamente.

—¿Qué es eso?—preguntó.

Conoció el grupo de la policía y al magistrado que lo presidía, y experimentó otra sacudida ruda. Antes el wapentake, ahora el justicier-quorum; parecía que uno le traía al otro.

El justicier-quorum hizo señal á Ursus de que penetrase en la taberna; éste obedeció.

Govicum, que acababa de levantarse y que estaba barriendo la sala, se detuvo, se ocultó en un rincón, dejó la escoba en reposo y retuvo el aliento; introdujo la mano en su cabello y se rascó, lo que denotaba que estaba atento á lo que iba á suceder.

El justicier-quorum se sentó en un banco, delante de una mesa; Barkilphedro en una silla. Ursus y maese Nicless permanecieron en pie. Los agentes de policía quedaron fuera de la sala y se agruparon delante de la puerta cerrada.

El justicier-quorum, fijando la pupila legal en Ursus, le interrogó:

—¿Tenéis un lobo?

—Sí, señor—contestó el filósofo.

—¿Conque tenéis un lobo?—repitió el justicier, subrayando la palabra lobo con un acento decisivo.

—Es que...—dijo Ursus únicamente, y calló.

—Eso es un delito—repuso el justicier.

—Es mi criado, se atrevió á aventurar el filósofo.

El justicier puso la mano llana sobre la mesa, con los dedos separados, y exclamó:

—Saltimbanqui, mañana á esta hora, vos y el lobo no estaréis ya en Inglaterra, porque si así no lo hacéis, se apoderarán del lobo y lo matarán.

Ursus pensó en sus adentros:—Conti-

nuación de los asesinatos;—pero no pronunció ni una palabra. Todo su cuerpo temblaba.

—¿Lo oís?—le replicó el justicier.

Ursus respondió con un movimiento de cabeza.

—Será muerto—insistió el magistrado.

Hubo un momento de silencio.

—Estrangulado ó ahogado, y vos encerrado en la cárcel.

—Señor juez... — balbuceó Ursus.

—Partid antes de que amanezca mañana, porque, si no, ya lo sabéis.

—Señor juez...

—¿Qué?

—¿Es indispensable que marchemos de Inglaterra él y yo?

—Sí.

—¿Hoy mismo?

—Hoy mismo.

—¿Y cómo?

Maese Nicless respiró. Venía á favorecerle el magistrado que le daba miedo; la policía era su auxiliar, y le libraba de «semejantes gentes»; ella le proporcionaba el medio que él buscó inútilmente: la policía echaba de su posada á Ursus, que él quería despedir. Estaba tan satisfecho, que quiso intervenir, y dijo:

—Señor juez, este hombre pregunta cómo es posible que pueda irse de Inglaterra hoy mismo, y nada es más sencillo. Hay todos los días, y todas las noches, amarrados al Támesis, á esta parte del puente de Londres, como á la otra, varios buques, que salen para diversos países. Van desde Inglaterra á Dinamarca, á Holanda y á España y á otras muchas partes. Esta noche, muchos barcos partirán á la una de la madrugada, que es la hora de la marea. Entre otros, sale el buque *Vograat*, de Rotterdam.

—Pues bien; salid de Inglaterra en uno de esos bajeles; en el *Vograat* mismo—dijo el justicier-quorum.

—Señor juez...—replicó Ursus.

—¿Qué queréis decirme?

—Señor juez, si sólo tuviese, como antes, una pequeña choza con ruedas, eso sería muy fácil, porque puede llevarla cualquier barco pequeño; pero...

—Pero, ¿qué?

—Que tengo la Green-Box, que es inmensa máquina, arrastrada por dos caballos, y por mucho que sea un navío,

no la podrá contener fácilmente.

—Eso no me importa — replicó el justicier-quorum;—haremos matar al lobo,

Ursus se estremeció al oírlo, pensando en su interior:—Estos monstruos todo lo arreglan matando.

El tabernero, sonriendo, dijo, dirigiéndose á Ursus:

—Maese Ursus, podéis vender la Green-Box; ya sabéis que os acaban de hacer proposiciones.

Ursus se quedó mirando á Nicless; éste prosiguió:

—Proposiciones para adquirir el coche-teatro y los caballos; proposiciones para comprar las dos gitanas; proposiciones...

—¿De parte de quién?

—De parte del dueño del circo que está al lado de la posada.

—¡Ah, es cierto!

El posadero, volviéndose hacia el justicier-quorum, le dijo:

—Señor juez, la compra puede verificarse dentro de pocas horas. El dueño del circo desea comprar el coche-teatro y los caballos.

—Hace bien, porque los necesitará; les serán bastante útiles. Los reverendos de las parroquias de Southwark se quejan de las algarazas obscenas del Tarrinzeanfield, y ya el sheriff ha tomado sus medidas. Esta noche no quedará en todo el ni un solo barracón de volatineros.

El justicier-quorum se interrumpió para mirar á Barkilphedro; después continuó:

—El honorable gentleman que se digna estar aquí presente, ha venido esta noche de Windsor y trae órdenes; su majestad le ha encargado de desalojar el campo de la feria.

Ursus, que pasó la noche meditando, se había propuesto á sí mismo varias cuestiones, porque, después de todo, lo único que había visto era un ataúd; pero, ¿sabía si éste contenía á Gwynplaine? Podía muy bien encerrar cualquier otro cadáver. Momentos después del arresto de Gwynplaine se verificó también otro entierro. Ver un ataúd nada probaba. *Post hoc non, propter hoc, etc.*

Ursus acabó por dudar. La esperanza atardece y luce en la agonía como la nafta en el agua: su llama sobrenada y flota etet-

namente sobre el dolor humano. Ursus acabó por pensar que era posible que hubiesen enterrado á Gwynplaine, pero que no era seguro; quizás Gwynplaine viviera todavía.

Ursus, inclinándose ante el justicier-quorum, le dijo:

—Honorable juez, marcharé, marcharemos hoy mismo á bordo del *Vograat*, é iremos á Rotterdam; deseo obedecer. Venderé la Green-Box, los caballos, las trompetas y las gitanas; pero se queda aquí un camarada, un compañero mío, que desearía llevarme, Gwynplaine...

—Gwynplaine ha muerto — exclamó una voz.

Ursus sintió la impresión de frío que causa el contacto de la piel de un reptil; Barkilphedro fué el que habló.

El postrero resplandor de la esperanza se desvaneció para Ursus; ya no podía dudar; Gwynplaine había muerto; ese individuo debía saberlo.

Maese Nicless sería un buen hombre á no haber sido tan cobarde; cuando tenía miedo era atroz, porque el miedo da la suprema ferocidad, y susurró entre dientes:—Esto lo simplifica todo.—Por detrás de Ursus se frotó las manos con el gesto peculiar de los egoístas, que significa:—¡Ya estoy libre de ellos!

Desalentado Ursus, inclinó la cabeza, creyendo que Gwynplaine había sido condenado á muerte y él al destierro, y que no había otro remedio que obedecer.

Sintió que le tocaba en el codo el personaje que acompañaba al justicier-quorum. Ursus se estremeció otra vez. La voz que le dijo: *Gwynplaine ha muerto*, le murmuró al oído:

—Aquí tenéis diez libras esterlinas que os manda una persona que os quiere bien.

Barkilphedro, diciendo esto, puso encima de la mesa y delante de Ursus una bolsa.

Esas monedas eran parte de las que contenía el cofrecillo que sacó Barkilphedro de Windsor; de las dos mil guineas únicamente entregó diez, pero en conciencia era bastante: si hubiese entregado mayor cantidad la hubiera él perdido. El que se tomó el trabajo de hallar un lord empezaba á explotarle, y era justo que le perteneciese el primer rendimiento que la mina produjese; los que

crean que esto es una pequeñez, están en su derecho, pero esto no debe asombrarles. Barkilphedro era muy amante del dinero, particularmente del robado; el envidioso es muchas veces avaro; Barkilphedro tenía sus defectos.

Barkilphedro, dirigiéndose al justicier-quorum, le dijo:

—Señor juez, dignaos concluir pronto; tengo mucha prisa: una silla de posta enganchada me aguarda, y dentro de pocas horas debo estar en Windsor, donde tengo cuentas que rendir y órdenes que tomar.

El justicier-quorum se levantó; se dirigió á la puerta, que estaba cerrada con el pasador; la abrió, y sin decir palabra, mirando á los agentes de policía, les hizo una señal con el índice. El grupo de éstos entró entonces silenciosamente á la simple indicación de la autoridad.

Maese Nicless, satisfecho del desenlace rápido que cortaba todas las complicaciones, estaba contentísimo, sobre todo de que no prendiesen á Ursus en su casa; pues dos arrestos tan inmediatos en su posada, primero el de Gwynplaine, y después el de Ursus, podían perjudicar á la taberna, porque á los bebedores no les gusta que les moleste la policía. Maese Nicless se dirigió, pues, al justicier-quorum con la fisonomía sonriente, en la que el respeto atenuaba la confianza, y dijo:

—Señor juez, deseo hacer observar á vuestra señoría que los honorables individuos que le acompañan no son indispensables, desde el momento en que el lobo culpable va á ser conducido fuera de Inglaterra y en que maese Ursus no se resiste á vuestras órdenes, que van á ser obedecidas puntualmente. Dignaos tener presente que las acciones respetables de la policía, que tan necesarias son para la tranquilidad del reino, perjudican á los establecimientos públicos, y que mi posada es inocente: libre está de los saltimbanquis de la Green-Box; no queda ya en ella criminal alguno, porque no supongo que sean delincuentes la joven ciega ni las dos gitanas; por lo que os ruego que os dignéis abreviar vuestra augusta visita y despedir á esos señores que acaban de entrar, porque no tienen que hacer nada en mi casa; después de haber intimado la orden de destierro á Ursus y ha-

berse éste resuelto á partir, ¿á quién pueden arrestar ya aquí?

—A vos—le contestó el justicier-quorum.

No cabe discusión con una estocada que os atraviesa de parte á parte. Maese Nicless cayó aterrorizado sobre un banco.

Levantó tanto la voz el justicier, que se hubiera podido oír desde la plaza, á haber público en ella.

—Maese Nicless Plumptre, dueño de la taberna, éste es el último punto que queda por arreglar. Al volatinero y al lobo se les arroja de aquí, como á vagabundos, pero vos sois el culpable. En vuestra casa y con vuestro consentimiento, ha sido violada la ley, y vos, hombre de orden é investido de responsabilidad pública, habéis permitido que se instalara el escándalo en vuestra casa. Queda retirada vuestra licencia, pagaréis una multa é iréis á la cárcel.

Los agentes de policía rodearon al tabernero.

—Apoderaos también de ese muchacho, que es su cómplice.

El puño de un agente cogió el cuello de Govicum, y éste le miraba con curiosidad. El muchacho estaba poco asustado, y al ver que sucedía una cosa tan extraña, se preguntaba á sí mismo si aquello era la continuación de la comedia.

El justicier-quorum, hundiéndose el sombrero y cruzando las dos manos sobre el vientre, añadió:

—Lo dicho, maese Nicless; os prendemos y os conducimos á la cárcel, á vos y al muchacho, y la posada Tadcaster quedará cerrada, condenada y sellada, para que sirva de ejemplo. Ahora podéis seguirnos.

## LIBRO SEPTIMO

### La Eva del abismo

#### I

#### EL DESPERTAR

¿Y Dea?...

Parecía á Gwynplaine, que miraba amaneecer en Corleone-lodge (mientras sucedían las aventuras que acabamos de relatar en la posada Tadcaster), que ese grito venía del exterior; pero ese grito salía de dentro de él. ¿Quién no ha oído los profundos clamores del alma?

Además, rayaba el día, y el alba es una voz. ¿De qué serviría el sol si no aprovechase para despertar la conciencia, esa sombra dormida?

La luz y la virtud son de igual especie.

Que Dios se llame Cristo ó que se llame Amor, existen momentos en que el hombre mejor le olvida, y todos necesitamos, hasta los santos, una voz que nos lo recuerde, y la aurora nos hace esta sublime advertencia. La conciencia nos grita cuando aparece el deber, como el gallo canta cuando aparece el día. El corazón humano es un caos que oye el *Fiat lux*.

Gwynplaine—seguiremos llamándole así, porque Clancharlie es un lord y Gwynplaine un hombre;— Gwynplaine resucitó, por decirlo así.

—¿Y Dea?—se preguntó.

Sintió en las venas como una transfusión generosa. Algo saludable y tumultuoso precipitábase en él. La irrupción violenta de las buenas ideas, es la vuelta á su casa de alguno que no tiene la llave y fuerza honradamente su propio domicilio; tiene que escalarlo.

—¡Dea! ¡Dea! ¡Dea!—se repetía apoyándose en su corazón, y preguntándose en alta voz.

—¿Dónde estás?

Asombrado de que no le respondiese, mirando el techo y las paredes en medio del extravío, en el que la razón iba á aparecer, repitió:

—¿Dónde estás? y yo, ¿dónde estoy?...

Por la cámara, por la jaula, principió á dar vueltas como fiera encerrada.

—¿Dónde estoy? En Windsor. ¿Y tú? En Southwark. ¡Dios mío, ésta es la primera vez que estamos separados! ¿Quién nos separa? Aquí yo y tú allá... Esto no puede ser y no será.

Después de una pausa prosiguió su monólogo en voz alta:

—¿Quién me habla de la Reina? Yo no la conozco. Me han cambiado de posición;